



## INTENCIONES QUE TUVO JESUCRISTO EN SU PASION

### ***M.MARIA EUGENIA (Abril, 6-1879)***

Espero que durante la Semana Santa oiréis la palabra de Dios y que el Padre d'Alzon, que llega mañana, os hablará de N. Señor, con todo el amor que él sabe hacerlo.

Hoy sólo quiero haceros una recomendación. Durante el tiempo que meditéis la Pasión debéis también vosotras imponeros algún sufrimiento, alguna mortificación para unirnos a N. Señor. Desarrollar, en lo más hondo del alma, las intenciones que Jesucristo tuvo en sus sufrimientos; eran la gloria de su Padre, reparar el pecado y restituir a Dios toda la gloria que el hombre le había usurpado. El fin primordial de N. Señor en su Pasión fue la gloria de su Padre; el segundo, parecido al primero, la salvación de los hombres.

Cada una de nosotras estamos colocadas en religión para procurar la salvación de los demás. Primero, no debemos perder de vista a las niñas, con el deseo de ayudarlas a santificarse y salvarse. Pero deseando fijar en ellas virtudes sólidas. No hay que buscar, como objeto de este celo, las niñas que precisamente más nos agradan, que tienen menos defectos, que demuestran un carácter más agradable, no, acaso las demás deben más directamente ser el objeto de nuestro celo.

Cuando N. Señor vino a la tierra era raro encontrar hombres que no fuesen perversos. Los paganos vivían según sus pasiones. Muchos judíos apenas valían más: bien lo demostraron, puesto que ellos crucificaron a N. Señor. Ved, ¡qué alejados estaban los hombres de su salvación! Estaban entregados a toda clase de vicios; y fue para estos hombres, tan mal dispuestos, para quienes quiso venir N. Señor: los amó y sufrió y murió por ellos.

Entre nuestras niñas, las que tienen temperamento más difícil, díscolo, son aquellas que al entrar en el mundo corren más riesgo de caer en pecado. Si tenemos un espíritu de celo muy grande, esas niñas son, precisamente, las más convenientes para encariñarnos con ellas durante este tiempo de Pasión. Nos las podemos repartir, de manera que cada una de nosotras se ocupe de una de ellas y que esa niña sea el objeto de nuestras oraciones y de nuestro celo, con el fin de conseguir de N. Señor Jesucristo una efusión de su sangre, que llegue a transformar esta alma.

Toda nuestra vida, recordarlo bien, en vuestro trato con las niñas debéis ejercer vuestro celo, muy particularmente con aquellas que son menos simpáticas, menos dotadas, las más difíciles, las que están más llenas de defectos e imperfecciones. N. Señor tuvo cuidado de advertirnos en el Evangelio: *Si amáis a los que os aman, a los que os agradan, ¿no hacen lo*

mismo *los publicanos y los gentiles*? Pero si acogéis bien a los que os aborrecen, entonces empezais a hacer un acto de Cristo N. Señor, un acto inspirado por el espíritu de Jesucristo.

Proponeos, durante toda vuestra vida, poner en práctica una paciencia inalterable, un celo especial, un cuidado particular, con esos caracteres tan desagradables, los más difíciles y más alejados de Dios. Se dice en pocas palabras: *¿Qué quiere usted? ¿Es un genio tan difícil, tan incomprensivo, en las cosas de fe!* Pero, si precisamente para eso está en vuestras manos: para que vuestra virtud, vuestro amor a Dios, vuestro espíritu de sacrificio y de oración consiga que esa alma, que parece tan alejada de Dios y de tan pocas aptitudes para recibir la gracia, se transforme de tal modo que sólo ame verdaderamente a Jesucristo.

Digo esto para las niñas: pero es también necesario buscar con la mirada el más allá. Me gustaría que cada una de vosotras se dijese: Dios mío, hay almas que viven lejos de Vos; no faltan pecadores que luchan, que no quieren acercarse a recibir los Sacramentos; durante esta Semana Santa voy a tomar a mi cargo, con todo cariño, uno de esos pecadores. Pedid a la Santísima Virgen que ella misma os escoja el más conveniente. Ella conoce esas almas y querría arrancarlas del pecado y por ellas sufre, como sufre una madre viendo perderse uno de sus hijos, a pesar de sus esfuerzos y de sus plegarias. Pensad en uno de esos pecadores, en una de esas almas, para llevarla hacia Dios y haced por ella muchos sacrificios, muchos actos de virtud.

Os pido, muy especialmente, que sean sacrificios de humildad, de paciencia, de renuncia al propio juicio; los actos de virtud que más desea Dios de vosotras y que vayan a corregir los defectos que tenéis y a conseguir que resplandezca en vuestra alma la perfección de Jesucristo. Uniréis a esto las mortificaciones que se os permitan; los sufrimientos que tengáis que soportar en vuestra vida, por falta de salud; y de todo esto haréis como un pequeño haz para conseguir la salvación de uno de esos pecadores: de manera que cada una de nosotras pueda esperar en esta Semana Santa la vuelta de un alma a Dios.

Lo que decía a unas religiosas el Sr. Obispo de Poitiers podemos aplicarlo a nosotras mismas: trabajad, no solamente orando, pues somos Religiosas, sino trabajad también, para conquistar las almas. Precisamente es este nuestro espíritu porque en otro tiempo hacíamos el voto de extender en las almas el reinado de Jesucristo.

Pues bien, cada una de vosotras debe llenarse de ese espíritu de celo, de sacrificio, de apostolado interior; salir de sí misma para poseerle; y por la oración y el fervor, conseguir también el apostolado exterior, con la paciencia, la abnegación y la enseñanza.